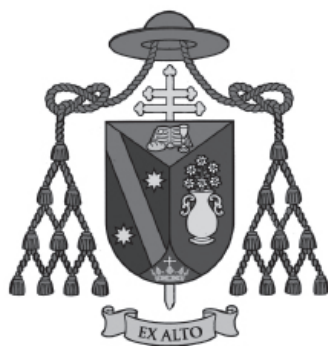


BOAS

ABRIL 2019
TOMO CLIX Nº 2379



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Archivo Diocesano

Tfno: 954 505 515, Ext. 734

E-mail: secretariageneral@archisevilla.org

Arzobispado de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

* Precio de la suscripción anual: 35 euros.

* Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.

* Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

BOLETÍN OFICIAL DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Abril 2019 Nº 2379

Arzobispo

Decreto sobre el ayuno y la abstinencia el Viernes Santo.	173
En esta Cuaresma, dejémonos reconquistar por Dios. Carta Pastoral.	174
Invitación a la Misa crismal del Lunes Santo. Carta Pastoral.	176
El Señor ha resucitado, Aleluya. Carta Pastoral.	178
Lo reconocieron al partir el pan. Carta Pastoral.	180

Secretaría General

Necrológicas.	183
---------------	-----

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas.	185
Confirmación de Juntas de Gobierno.	185

Conferencia Episcopal Española

113ª Asamblea Plenaria.	187
-------------------------	-----

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones.	191
Mensaje Urbi et Orbi. Pascual 2019.	195

Arzobispo

Decreto sobre el ayuno y la abstinencia el Viernes Santo

JUAN JOSÉ ASENJO PELEGRINA
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA
ARZOBISPO DE SEVILLA

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha conservado la ley del ayuno y abstinencia el Viernes Santo en recuerdo de la Pasión y Muerte del Señor, y como penitencia por nuestros pecados que abra el camino de una auténtica conversión.

Al acercarse una vez más la celebración del Viernes Santo, que hemos de vivir unidos a toda la Iglesia con el corazón agradecido ante el amor del Hijo de Dios, que murió por nosotros, y con espíritu de oración y penitencia, soy consciente de la dificultad que el modo de la celebración de la Semana Santa en nuestra tierra implica para muchos fieles en orden a cumplir la referida ley del ayuno y abstinencia.

Por ello, teniendo en cuenta las circunstancias que concurren, la práctica de años pasados y de otras diócesis de nuestro entorno, por el presente DISPENSO del cumplimiento de dicha ley en el territorio de nuestra Archidiócesis, por este año. No obstante, exhorto a todos los fieles a que mantengan, si les es posible sin grave incomodidad, el ayuno y abstinencia tradicionales de esta fecha y, si no les fuera posible, a que realicen alguna obra de caridad con los pobres o cualquier otra obra de penitencia.

Dado en Sevilla, a uno de abril de dos mil diecinueve.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Doy fe,
Isacio Siguero Muñoz
Secretario General y Canciller
Prot. Nº 1325/19

EN ESTA CUARESMA, DEJÉMONOS RECONQUISTAR POR DIOS
7 de abril de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

"Mirad que subimos a Jerusalén, donde el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte y lo entregarán a los gentiles" (Mc 10,33). Con estas palabras inicia el evangelista san Marcos el relato de la Pasión del Señor. Con ellas, invita Jesús a sus discípulos a recorrer con Él el camino que le llevará a consumir su misión salvadora. La subida a Jerusalén, culminación de la vida histórica de Jesús, es en realidad el modelo de vida del cristiano, comprometido a seguir al Maestro por el camino de la Cruz. En este domingo, con el que iniciamos la última semana de Cuaresma, el Señor nos dirige a nosotros esa misma invitación y nos pide que nos preparemos para una participación activa y fructuosa en los misterios de su pasión, muerte y resurrección.

A lo largo de estos días de Cuaresma todos hemos sido invitados a la conversión de nuestras miserias y esclavitudes, de los ídolos que nos atenazan, el egoísmo insolidario, la vanidad, el ansia de poder, la envidia, la impureza, la tibieza y la resistencia sorda y pertinaz a la gracia de Dios, es decir, la triste realidad del pecado en nuestras vidas.

En la última semana de Cuaresma todos estamos invitados a quemar etapas si es que hasta ahora no hemos entrado de verdad en el espíritu de este tiempo santo. El Señor nos invita a intensificar la oración humilde y confiada, el diálogo amoroso con nuestro Padre, que nos ayuda a ahondar en el espíritu de conversión. Nos invita también al ayuno, la mortificación, la limosna discreta y silenciosa, mirando a los pobres con la mirada conmovida de Cristo que se compadece de las multitudes.

En la primera lectura de este domingo, el profeta Isaías nos dice que el mismo que liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto y lo tuteló durante cuarenta años en su peregrinación por el desierto, está dispuesto a abrir para nosotros caminos por el desierto y ríos en el yermo, es decir, está dispuesto a transformarnos y a devolvernos la vida y la esperanza, como devolvió la vida y la esperanza a la mujer adúltera que los letrados y los fariseos presentan ante Jesús para que la condene a la lapidación, como prescribía la ley de Moisés.

Jesús, sin embargo, no la condena, sino que la salva y la perdona a condición de que no peque más. También a nosotros nos perdona el Señor en el sacramento de la penitencia, el más hermoso de los sacramentos después del bautismo y de la Eucaristía, el segundo bautismo, como lo llaman los Padres

de la Iglesia, un sacramento sumido en estos momentos en una profunda crisis como consecuencia de la pérdida de la conciencia del pecado. Es un hecho que hoy los cristianos comulgan más, pero se confiesan menos, y es evidente que no debería ser así. ¡Volvamos, queridos hermanos y hermanas, al sacramento de la penitencia, en el que el Señor nos espera para acogernos, recibirnos, abrazarnos como al hijo pródigo y restaurar en nosotros la condición filial! En él el Señor nos perdona hasta el fondo.

La confesión frecuente es también manantial de santidad, porque en él recibimos, además del perdón de los pecados, una gracia peculiar para luchar contra el mal y crecer cada día en la fidelidad al Señor, para vivir una vida de piedad sincera, afincada en la oración, en la escucha de la Palabra de Dios, en la recepción de los sacramentos; una vida alejada del pecado, de la impureza, del egoísmo y de la mentira; una vida pacífica, honrada, austera, sobria, fraterna, edificada sobre la verdad, la justicia, la misericordia, el perdón y la generosidad.

En la última semana de Cuaresma os invito, queridos hermanos y hermanas a dejaros encontrar por el Señor, a dejaros reconquistar por Él. Esto es lo decisivo en los días santos que se acercan. Nos lo dice san Pablo en la segunda lectura de este domingo: "Todo lo estimo pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo perdí todo, y todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo y de existir en Él". No os quedéis la superficie, en la costra, en los aspectos más externos de nuestros cultos, de las manifestaciones de la piedad popular y de nuestras estaciones de penitencia, en los aspectos culturales, tradicionales o costumbristas. Pido al Señor que los días santos que vamos a celebrar propicien un verdadero encuentro, hondo y cálido con el Señor, que robustezca nuestra fe, transforme nuestras vidas y tenga su reflejo en nuestra existencia cotidiana. De lo contrario, todo será pérdida, basura, nos ha dicho San Pablo, si no os encontramos vitalmente con el Señor.

Para todos mis mejores deseos de una fecunda, fructuosa y gozosa Semana Santa, con mi afecto y bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

INVITACIÓN A LA MISA CRISMAL DEL LUNES SANTO
14 de abril de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

Con la bendición de los ramos comenzaremos este domingo la Semana Santa del año 2019, la Semana Mayor de la cristiandad, en la que vamos a actualizar la historia más grande que vieron los siglos, la epopeya del amor y la generosidad de Dios, que no se contenta con acercarse a nosotros de múltiples modos a lo largo del Antiguo Testamento, sino que en la plenitud de los tiempos, nos envía a su Hijo al mundo para salvar y redimir al hombre, alejado de Dios por el pecado del paraíso, para brindarle su misericordia y su amistad y hacerle partícipe de su vida divina.

A lo largo de la Semana Santa vamos a revivir los acontecimientos redentores, la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor. Preparémonos a vivirlos con autenticidad, reconciliándonos con Dios y con nuestros hermanos por medio de una buena confesión, para reencontrarnos con el Señor, para recuperar la paz y la alegría y continuar con gozo su seguimiento. Que en estos días busquemos espacios largos para el silencio y la oración, agradeciendo al Señor su inmolación voluntaria por nosotros, la institución de la Eucaristía y el regalo de su madre. Acompañemos al Señor y a su madre bendita con recogimiento y sentido penitencial en las hermosas estaciones de penitencia de nuestros pueblos y ciudades.

Vivamos con intensidad la Pascua, es decir, el paso del Señor de este mundo al Padre, que es al mismo tiempo el paso del Señor junto a nosotros para humanizarnos, santificarnos y ofrecernos los frutos de su Pasión. Quiera Dios que quien resucita glorioso en la Pascua florida, resucite también en nuestros corazones y en nuestras vidas. Sólo así experimentaremos la verdadera alegría de la Pascua. Este es mi augurio para todos los cristianos de la Archidiócesis en los umbrales de la Semana Mayor, que deseo para todos verdaderamente santa y santificadora.

El próximo Lunes Santo, a las doce de la mañana, tendremos en nuestra Catedral la santa Misa crismal, en la que concelebraremos los dos obispos y un gran número de sacerdotes, que renovarán sus promesas sacerdotales y su sí incondicional a Cristo, cuando el arzobispo les pregunte si están dispuestos a permanecer como fieles dispensadores de los misterios de Dios en la celebración de la Eucaristía y en las demás acciones litúrgicas, y a desempeñar fielmente el ministerio de la predicación.

En esta Eucaristía bendeciremos los santos óleos y consagraremos el santo crisma. Con él, serán ungidos los nuevos cristianos y serán signados los que reciban la confirmación. Con él ungiré también las manos de los nuevos presbíteros, que, con la ayuda de Dios, ordenaré el próximo 22 de junio. Con el óleo de los catecúmenos serán ungidos los que van a recibir el bautismo, y con el de los enfermos el Señor fortalecerá a los que sufren en su cuerpo, para que unan sus dolores a la Pasión de Cristo, convirtiéndolos en torrente de vida para la comunidad eclesial.

En esta Eucaristía, de una gran hondura sacerdotal, los presbíteros estrecharemos nuestra comunión con el Señor y entre nosotros como partícipes del único sacerdocio de Jesucristo y miembros de un único presbiterio. En ella encomendaremos a la piedad y misericordia de Dios el eterno descanso de los sacerdotes fallecidos durante el año y recordaremos con afecto a los sacerdotes ancianos y enfermos. Los obispos, en nombre propio y en nombre de los fieles, daremos gracias a los sacerdotes por su fidelidad humilde, por su trabajo abnegado, por su cansancio, por sus manos llenas de callos, por su generosidad silenciosa y sus sufrimientos. Daremos también gracias a Dios por el bien inmenso que los sacerdotes fieles, buenos y entregados hacen a nuestras comunidades, no siempre reconocido socialmente.

La Misa crismal, una de las ceremonias más bellas y de más rico simbolismo de todo el año litúrgico, tiene como lugar propio la mañana de Jueves Santo. En nuestro caso, para facilitar la asistencia de los sacerdotes, la celebramos en la mañana del Lunes Santo. Tal vez por ello participan un número pequeño de religiosas y de fieles laicos. A unas y otros me dirijo en esta carta semanal para invitaros a que vengáis a la Misa crismal para manifestar a los sacerdotes vuestro aprecio agradecido. Venid a rezar con nosotros y por nosotros. Pedid al Señor que seamos fieles, que seamos hombres de vida interior; en suma, que seamos santos. Pedid también por las vocaciones. Rogad al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

La Misa crismal es una expresión bellísima de la comunión de la Iglesia. En ella se cumple lo que dice el salmo 133: *"Qué hermoso es ver a los hermanos unidos"*. A todos nos une el vínculo de la consagración bautismal, el sacerdocio común y la pertenencia al Cuerpo Místico. A todos os espero el próximo Lunes Santo en nuestra Catedral.

Para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

EL SEÑOR HA RESUCITADO, ALELUYA
21 de abril de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

"Este es el día en que actuó el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo" (Sal 117). No es para menos, pues el Señor ha resucitado. Rompiendo las ataduras de la muerte ha ascendido victorioso del abismo. Celebramos, hermanos y hermanas, el misterio central de nuestra fe. La resurrección del Señor, en efecto, es el foco que ilumina y da sentido a toda la vida del Señor. Sin ella, todo se reduce a la nada. Sin la resurrección, ni la encarnación sería la encarnación del Hijo de Dios, ni su muerte nos hubiera redimido, ni sus prodigios serían milagros. Sin la resurrección, Jesús quedaría reducido a un genio del espíritu, o quizá simplemente a un gran aventurero lleno de buenas intenciones, o tal vez a un loco iluminado.

¿Y nosotros? ¿Qué sería de nosotros los cristianos? ¿Para qué serviría nuestra Iglesia? ¿Para qué serviría la oración, nuestros cultos, nuestras tradiciones y las hermosísimas estaciones de penitencia que con tanto esplendor acabamos de celebrar? ¿Para qué serviría el esfuerzo moral, el sacrificio y el remar contra corriente si Jesús hubiera sido devorado definitivamente por la muerte? No exagera San Pablo cuando afirma que "si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe... somos los más desgraciados de los hombres" (1 Cor 15,14-20), porque creeríamos en vano, esperaríamos en vano, nos alimentaríamos de sueños, daríamos culto al vacío, nuestra alegría sería grotesca y nuestra esperanza la más amarga estafa cometida jamás.

En la madrugada de Pascua hemos escuchado las palabras del ángel y su anuncio gozoso y exultante: *"No temáis. Ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ha resucitado"* (Mt 28,5-6). Esta es la gran noticia que la Iglesia anuncia hoy al mundo en una explosión de alegría incontenible: *"Jesús ha resucitado, ¡Aleluya! No busquéis entre los muertos al que vive"*. Esta es la gran noticia, la magnífica noticia que la Iglesia a lo largo de veinte siglos no ha dejado de anunciar.

Gracias a las mujeres, que ven vacío el sepulcro del Señor, y a los numerosos testigos que contemplan al Señor resucitado, nosotros sabemos que la resurrección de Jesús no es un hecho legendario o simbólico, sino real. No es la mera pervivencia del recuerdo y del mensaje del Maestro en la mente y en el corazón de sus discípulos. Por la misma razón, el cristianismo no es sólo una doctrina, una fórmula de felicidad o un código de normas de conducta, sino un

camino y una verdad que es vida, porque su centro es una persona viva, que ha resucitado y está sentado a la derecha del Padre, siempre vivo para interceder por nosotros, que vive y nos da la vida.

En las Iglesias de Oriente son numerosos los iconos, que en tres secuencias bellísimas, ricas en contenido teológico, describen lo que la resurrección del Señor significa para la humanidad. La primera representa el enterramiento de Cristo; la segunda, su salida triunfante del sepulcro; y en la tercera aparece Cristo resucitado inclinado sobre un anciano postrado en actitud de levantarlo. No es difícil interpretar este motivo, poco frecuente en la pintura occidental, pero muchas veces repetido en Oriente: el anciano es Adán, el hombre viejo del pecado al que con tanta profusión alude San Pablo en sus cartas. En realidad es la humanidad entera debilitada por el pecado del paraíso, sobre la que Cristo resucitado se inclina para devolverle la vida.

La escena es una hermosa recreación plástica de lo que representa para la humanidad la resurrección del Señor. Recuerda la descripción de la creación del hombre en el Génesis: Dios crea a Adán inclinándose sobre su figura de barro para insuflarle el espíritu. Fue el primer comienzo, la primera de las obras de Dios. Cristo resucitado, por su parte, se inclina sobre el viejo Adán para recrearlo, comunicándole su gracia salvadora, que brinda también a toda su descendencia. Es el nuevo comienzo, tan importante como el primero.

Queridos hermanos y hermanas: Sumergíos en la Pascua. Uníos al Aleluya exultante de la Iglesia. Reavivad vuestra esperanza. La resurrección del Señor es el fundamento, el manantial y la certeza de nuestra futura resurrección. Por ello, debe ser fuente de alegría desbordante, pues gracias a ella el Resucitado nos abre las puertas del cielo, donde, como nos dice San Agustín, *"veremos y gozaremos, gozaremos y amaremos. Este será el fin sin fin"*.

Esta certeza debe vivificar nuestra lucha de cada día, nuestro trabajo, la vida familiar y nuestro empeño por construir una sociedad más justa y fraterna. Esta certeza se convierte en seguridad y fuente de sentido ante la enfermedad, el dolor y el sufrimiento. Esta certeza, por fin, es acicate en la vida moral y en el esfuerzo por ser mejores, con el estilo de quien ha resucitado con Cristo y aspira a vivir una vida nueva (Col 6,1-2).

Feliz domingo de Resurrección, hermanos. Felices Pascuas para todos los cristianos de la Archidiócesis.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

LO RECONOCIERON AL PARTIR EL PAN
28 de abril de 2019

Queridos hermanos y hermanas:

El pasado miércoles leíamos en la eucaristía el encuentro de Jesús con los de Emaús, que nos narra san Lucas. La escena sucede en la misma tarde del domingo de resurrección en el corto espacio de los once kilómetros que separan Jerusalén de Emaús. Jesús se hace el enconradizo con dos discípulos que, deprimidos tras la muerte del Maestro, retornan a su aldea. Jesús les descifra con la Escritura el significado de su pasión, muerte y resurrección. El evangelista nos da el nombre de uno de ellos, Cleofás, y Orígenes nos dice que su acompañante era su propio hijo y que ambos eran parientes del Señor.

Durante tres años han seguido a Jesús, deslumbrados por la belleza de su doctrina, por el esplendor de sus milagros y por el atractivo irresistible de su fuerza sobrehumana. Decepcionados y rotos por el drama del Calvario, olvidan que Jesús anunció su propia resurrección al tercer día, y vuelven a su aldea a la caída de la tarde para curar sus heridas refugiándose en el trabajo cotidiano. El relato de Emaús es la historia de tantos hombres y mujeres que, ante el mensaje exigente del Evangelio, por cobardía, seducidos por el mundo, golpeados por el misterio del dolor y de la muerte, o subjetivamente decepcionados por el testimonio opaco o deficiente de los cristianos, dan por zanjado en sus vidas el asunto de Jesús, se alejan del centro de su influencia y rompen con la comunidad.

Pero Jesús no abandona a sus discípulos. En el caso de los de Emaús, sale a su encuentro y camina con ellos. Lo descubren en la Escritura que Jesús les explica iluminando sus mentes y caldeando sus corazones. Lo redescubren, sobre todo, en la fracción del pan, en la Eucaristía que Jesús consagra de nuevo, como hiciera por vez primera en la víspera de su pasión. Entonces, se les abren los ojos y lo reconocen e inmediatamente vuelven a Jerusalén, se reintegran en la comunidad, a la que narran lo que les ha sucedido en el camino.

En esta segunda semana de Pascua, dirijo mi palabra a los fieles de la Archidiócesis que viven con gozo su vocación cristiana desde la fe en la resurrección del Señor, que es el foco que ilumina y da sentido a toda la vida de Jesús y a nuestra propia vida. Como los de Emaús después de reconocer al Señor, sed testigos y misioneros de la resurrección y de la novedad de la vida inaugurada por Él para todos los hombres en su Misterio Pascual.

Pero quiero dirigirme también a quienes, alejados de la comunidad cristiana, viven angustiados, desconcertados y decepcionados como los discípulos de Emaús, con una fe mortecina o debilitada, ciegos para entender los designios de Dios y descubrir que el Resucitado camina junto ellos. Pienso en vosotros, queridos hermanos y hermanas, todos muy amados de Dios, redimidos por la sangre de su Hijo y llamados a la gracia de la filiación. Rezo por vosotros y os invito a volver como los de Emaús a la comunidad, al hogar cálido de la Iglesia, que os recibirá siempre con los brazos abiertos y os acompañará en vuestro camino de fe. Ella nos explica las Escrituras, en las que encontramos "la ciencia suprema de Cristo" (Fil. 3,8).

En la mesa familiar que es la Iglesia, ella parte y comparte con nosotros el Pan de la Eucaristía, en la que se forja y modela nuestra existencia cristiana y nuestra fraternidad. Sin ella no podemos vivir, como proclamaban los mártires de Cartago en el año 304. En el sacramento de su cuerpo y de su sangre el Señor robustece nuestra fe y alienta nuestra esperanza en la vida eterna, fruto de la Pascua, en la que viviremos dichosos con Cristo y con los Santos, en comunión de gozo y de vida con la Santísima Trinidad.

La Eucaristía, alimento que restaura nuestras fuerzas, nos ayuda además a vivir la vida nueva inaugurada por la resurrección de Jesucristo, una vida de piedad sincera vivida en la cercanías del Señor; una vida alejada del pecado, de la impureza, del egoísmo y de la mentira; una vida pacífica, honrada, austera, sobria, fraterna, edificada sobre la justicia, la misericordia, el perdón, el espíritu de servicio y la generosidad; una vida, en fin, asentada en la alegría y en el gozo de sabernos en las manos de nuestro Padre Dios y, por ello, libres ya del temor a la muerte.

A vosotros, cristianos anónimos, sin vínculos visibles con la Iglesia, el evangelio del paso miércoles os hace esta propuesta que yo os presento con humildad y con amor: volved a la comunidad, volved a la Escritura, volved a la Eucaristía. En la Iglesia, en la Palabra y en el sacramento de su Cuerpo y de su Sangre os reencontraréis con el Señor, que es con mucho lo mejor que os puede suceder.

Para vosotros y para todos, mi saludo fraterno y mi bendición.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Arzobispo de Sevilla

Secretaría General

Necrológicas

D. Álvaro Dorado Quesada

Falleció en Sevilla el día 3 de abril de 2019, a los 96 años de edad. Nació el 6 de mayo de 1922 en Villanueva del Río y Minas y fue ordenado presbítero en Córdoba el 25 de junio de 1957.

Desarrolló su ministerio sacerdotal como Vicario Parroquial de la Parroquia Nuestra Señora de los Remedios, de Sevilla; Párroco de la Parroquia de la Purísima Concepción, de Villaverde del Río; Párroco de la Parroquia de San Juan Bautista, de San Juan de Aznalfarache; Delegado Diocesano de la Delegación diocesana de Apostolado del Mar, de la Delegación Diocesana de Apostolado de la Carretera y de la de Turismo y Peregrinaciones.

Descanse en la paz del Señor.

D. Antonio Ramírez Palacios

Falleció en Sevilla el día 4 de abril de 2019, a los 77 años de edad. Nació en Estepa el 6 de abril de 1941 y fue ordenado presbítero el 23 de diciembre de 1967 en la capital hispalense.

Ejerció su ministerio sacerdotal como Cura Encargado de la Parroquia de San Miguel, de Lora de Estepa; Vicario Parroquial de la Parroquia de San Sebastián, de Estepa y Párroco de la Parroquia de San Sebastián, de Marchena, de la que fue nombrado Párroco Emérito en 2017.

Descanse en la paz del Señor.

D. José María Estudillo Carmona

Falleció en Sevilla el día 10 de abril de 2019, a los 87 años de edad. Nació en

Carmona el 24 de noviembre de 1931 y fue ordenado presbítero el 6 de abril de 1957 en Sevilla.

Comenzó su ministerio sacerdotal como Párroco de la Parroquia del Dulce Nombre, de Algamitas. Continuó su labor pastoral como Vicario Parroquial de la Parroquia de San Roque, de Sevilla; Consiliario Diocesano de la JOC; Secretario de la Comisión Preparatoria del Sínodo Hispalense; Capellán de las RR. Adoratrices del Stmo. Sacramento, de Sevilla; Director del Instituto diocesano de Pastoral; Secretario de la Escuela de Teología para Seglares; Profesor del CET; Miembro de la Comisión Diocesana para el Diaconado Permanente; Profesor de la Escuela Universitaria Cardenal Spínola; Responsable diocesano para el Diaconado Permanente y los Ministerios Laicales; Secretario Técnico de la Delegación diocesana del Clero; Capellán del Monasterio de San Clemente y Director para la formación de los aspirantes y candidatos al Diaconado Permanente.

Descanse en la paz del Señor.

D. Juan Manuel Domínguez Peña

Falleció en Mairena del Alcor el día 27 de abril de 2019, a los 87 años de edad. Nació en Mairena del Alcor el 28 de septiembre de 1931 y fue ordenado presbítero en Salamanca el 20 de abril de 1957.

Ejerció su ministerio sacerdotal como Vicario Parroquial de la Parroquia de Santa María, de Carmona; Párroco de la Parroquia de San Juan Bautista, de El Castillo de las Guardas y Párroco de la Parroquia de San Diego de Alcalá, de Sevilla.

Descanse en la paz del Señor.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas

Primitiva, Real, Muy Antigua y Fervorosa Hermandad de Nuestra Señora de Los Reyes (Patrona de los Sastres), San Mateo Apóstol y Evangelista y San Fernando Rey, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 1289/19, de fecha 1 de abril de 2019

Confirmación de Juntas de Gobierno

Antigua, Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad del Stmo. Sacramento e Inmaculada Concepción de María, de Carmona.

Decreto Prot.Nº 1334/19, de fecha 4 de abril de 2019

Ilustre y Antigua Hermandad del Santo Rey Mártir Hermenegildo, de Sevilla.

Decreto Prot.Nº 1335/19, de fecha 4 de abril de 2019

Conferencia Episcopal Española

Asamblea Plenaria

Nota final de la 113ª Asamblea Plenaria
5 de abril de 2019

Los obispos españoles han celebrado del 1 al 5 de abril la Asamblea Plenaria de primavera en la sede de la Conferencia Episcopal Española (CEE). La Plenaria se inauguraba el lunes 1 de abril con el discurso del presidente de la CEE, cardenal Ricardo Blázquez Pérez. Después, en nombre del nuncio apostólico en España, tomó la palabra el consejero de nunciatura Mons. Michael F. Crotty.

Participación en la Asamblea

Han participado todos los obispos miembros de pleno derecho, excepto el arzobispo de Zaragoza, Mons. Vicente Jiménez. Se han incorporado a la Plenaria el obispo de Ávila, Mons. José M^a Gil, quien ya había participado en las Asambleas como secretario general, y Mons. Francisco Orozco, obispo de Guadix. Recibieron la ordenación episcopal el 15 y el 22 de diciembre, respectivamente.

Los nuevos obispos han sido adscritos a las Comisiones Episcopales de Medios de Comunicación Social, Mons. Gil, y Apostolado Seglar, Mons. Orozco.

En la sesión inaugural, con las palabras del cardenal Blázquez, se tuvo un recuerdo especial para los obispos fallecidos desde la anterior Plenaria: Mons. Santiago García Aracil, arzobispo emérito de Mérida-Badajoz; cardenal

Fernando Sebastián, arzobispo emérito de Pamplona y Tudela; Mons. Jaime Traserra, obispo emérito de Solsona; y Mons. Rafael Torija, obispo emérito de Ciudad Real.

Solicitud para legislar un decreto general en torno a la protección de menores

La Asamblea Plenaria de la CEE ha aprobado solicitar a la Santa Sede un mandato especial para promulgar un decreto general, para toda la Iglesia en España, sobre los procesos en materia de abusos sexuales a menores. Esta solicitud ha sido propuesta por la Comisión creada ad hoc para la actualización de los protocolos en los casos de abusos a menores. Asimismo, también ha dado el visto bueno a la elaboración, por parte de esta Comisión, de un Directorio donde se den orientaciones precisas para la prevención de los abusos y el acompañamiento pastoral de las víctimas.

El íter ahora es recibir el mandato solicitado a la Santa Sede de elaboración de este decreto general, su aprobación en Asamblea Plenaria y su posterior reconocimiento por parte de la Santa Sede.

Desde el inicio de la actividad de la Conferencia Episcopal, hace 52 años, este sería el sexto decreto general.

Aprobación de los Estatutos de la CEE y del Plan de Formación para los Seminarios

La Asamblea Plenaria ha aprobado dos documentos importantes. Por un lado, la modificación de Estatutos de la Conferencia Episcopal Española. Este trabajo finalmente aprobado ha sido realizado por una Comisión creada al efecto que ha ido elaborando un documento base con propuestas y orientaciones para la redacción de un borrador de Estatutos. Entre las propuestas está prevista la creación de un Comité especial de protección de menores y personas vulnerables, a fin de hacer todos los lugares eclesiales seguros para estas personas.

Estos estatutos serán enviados a la Santa Sede para su reconocimiento. En la pasada Asamblea Plenaria se había aprobado dicho documento base, que fue entregado a la Junta Episcopal de Asuntos Jurídicos para la elaboración de un borrador de modificación de Estatutos que es el presentado y aprobado en esta Asamblea.

También se ha dado el visto bueno al Plan de Formación para los Seminarios Mayores de España que se ha desarrollado, como está previsto, a partir de la nueva Ratio Fundamental Institutionis Sacerdotales, aprobado por la Congregación del Clero de la Santa Sede. Este documento preveía la realización

de planes de formación nacionales, que es el que se ha aprobado ahora por la Conferencia Episcopal. El Plan de Formación atiende también la preparación de los formadores de los Seminarios, la reestructuración de los seminarios españoles a partir de este Plan de Formación, y reavivar y renovar la formación permanente del Clero.

En relación a las informaciones difundidas sobre la diócesis de Alcalá

Durante estos días los obispos han tenido conocimiento de las noticias publicadas en diversos medios sobre las actividades del COF "Regina Familiae" de la diócesis de Alcalá de Henares y de la irrespetuosa entrada de manifestantes en la Catedral Magistral de Alcalá en horario de culto.

En un diálogo fraterno, además de expresar su apoyo y afecto a Mons. Juan Antonio Reig Plá y a los colaboradores del COF, y su más firme rechazo a la irrupción de un grupo de personas vociferantes en un templo donde se estaba celebrando la liturgia de la Iglesia, también han manifestado lo siguiente:

Nos preocupa asistir, de nuevo, a un ejercicio de manipulación de la verdad y desinformación intencionada que termina provocando el "odio" que se dice querer evitar o denunciar.

Defendemos la libertad de conciencia de cada persona para afrontar sus diversas situaciones existenciales buscando ayuda y acompañamiento en las personas e instituciones que les merecen confianza, entre otras, las de la Iglesia.

Afirmamos la libertad de la Iglesia, reconocida en la Constitución española, la Ley orgánica de libertad religiosa y los Tratados internacionales sobre derechos humanos, para ofrecer su visión de la persona y acoger y acompañar a quien libremente se acerque a ella para crecer en un desarrollo humano integral desde el anuncio del Evangelio y el amor misericordioso de Dios.

Congreso de laicos Pueblo de Dios "en salida" (febrero de 2020)

El presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, Mons. Javier Salinas, ha presentado a los obispos los preparativos del Congreso nacional de laicos Pueblo de Dios "en salida", que se celebrará en Madrid del 14 al 16 de febrero de 2020. Ya está en marcha la fase preparatoria, en la que se está dando especial importancia al trabajo en las diócesis.

El Congreso ya tiene su propia página web – www.pueblodediosensalida.com – con el material para el desarrollo de encuentros previos en las diócesis, la explicación del logo del Congreso, el vídeo promocional y los temas que se han elaborado para ir trabajando por grupos.

Mes misionero extraordinario y otras informaciones

Otro evento importante de la Iglesia española para el curso que viene será el Mes misionero extraordinario, convocado por el papa Francisco para octubre de 2019. El director del secretariado de la Comisión Episcopal de Misiones y director nacional de Obras Misionales Pontificias, José María Calderón, ha explicado las actividades previstas.

Los obispos han recibido también información sobre la situación actual de la Universidad Pontificia de Salamanca (UPSA) y del Colegio Español de San José de Roma, por parte de sus rectores. Además, el obispo de Córdoba, Mons. Demetrio Fernández, ha intervenido en la Plenaria para hablar sobre el 450 aniversario de la muerte de San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia universal y patrón del clero secular en España.

Peregrinación al Cerro de los Ángeles y rezo del rosario mundial por la paz

Los obispos españoles ganaron, el 3 de abril, el Jubileo por el Centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús al peregrinar al Cerro de los Ángeles (Getafe), cruzar la Puerta Santa y celebrar la Eucaristía en el Santuario del Sagrado Corazón.

Aprovechando su participación en la Asamblea Plenaria, los obispos se acercaron al santuario getafense para celebrar la Eucaristía en la iglesia del monumento al Corazón de Jesús, en una ceremonia presidida por el cardenal Ricardo Blázquez, arzobispo de Valladolid y presidente de la CEE (homilía íntegra en la web).

El obispo de Getafe, Mons. Ginés García, que ejerció como anfitrión, agradeció a los prelados su presencia en el Santuario del Sagrado Corazón con motivo de este Centenario y dio gracias a Dios por su "corazón abierto".

También hubo un momento especial de oración el jueves 4 de abril. Es habitual que las sesiones de trabajo finalicen con una exposición del Santísimo Sacramento y este día, los obispos rezaron el rosario uniéndose a la oración por la paz en mundo convocada por la parroquia de Fátima.

Otros temas del orden del día

Como es habitual en la Plenaria de abril, los obispos han aprobado las Intenciones de la Conferencia Episcopal Española del año 2020 para el Apostolado de la Oración.

La Asamblea ha tratado distintos asuntos de seguimiento y económicos. Los presidentes de las Comisiones Episcopales han informado sobre sus actividades desde la última reunión de la Plenaria.

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 56 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

La valentía de arriesgar por la promesa de Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Después de haber vivido, el pasado octubre, la vivaz y fructífera experiencia del Sínodo dedicado a los jóvenes, hemos celebrado recientemente la 34ª Jornada Mundial de la Juventud en Panamá. Dos grandes eventos, que han ayudado a que la Iglesia prestase más atención a la voz del Espíritu y también a la vida de los jóvenes, a sus interrogantes, al cansancio que los sobrecarga y a las esperanzas que albergan.

Quisiera retomar lo que compartí con los jóvenes en Panamá, para reflexionar en esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones sobre cómo la llamada del Señor nos hace portadores de una promesa y, al mismo tiempo, nos pide la valentía de arriesgarnos con él y por él. Me gustaría considerar brevemente estos dos aspectos, la promesa y el riesgo, contemplando con vosotros la escena evangélica de la llamada de los primeros discípulos en el lago de Galilea (Mc 1,16-20).

Dos parejas de hermanos –Simón y Andrés junto a Santiago y Juan–, están haciendo su trabajo diario como pescadores. En este trabajo arduo aprendieron las leyes de la naturaleza y, a veces, tuvieron que desafiarlas cuando los vientos eran contrarios y las olas sacudían las barcas. En ciertos días, la pesca abundante recompensaba el duro esfuerzo, pero otras veces, el trabajo de toda una noche no era suficiente para llenar las redes y regresaban a la orilla

cansados y decepcionados.

Estas son las situaciones ordinarias de la vida, en las que cada uno de nosotros ha de confrontarse con los deseos que lleva en su corazón, se esfuerza en actividades que confía en que sean fructíferas, avanza en el "mar" de muchas posibilidades en busca de la ruta adecuada que pueda satisfacer su sed de felicidad. A veces se obtiene una buena pesca, otras veces, en cambio, hay que armarse de valor para pilotar una barca golpeada por las olas, o hay que lidiar con la frustración de verse con las redes vacías.

Como en la historia de toda llamada, también en este caso se produce un encuentro. Jesús camina, ve a esos pescadores y se acerca... Así sucedió con la persona con la que elegimos compartir la vida en el matrimonio, o cuando sentimos la fascinación de la vida consagrada: experimentamos la sorpresa de un encuentro y, en aquel momento, percibimos la promesa de una alegría capaz de llenar nuestras vidas. Así, aquel día, junto al lago de Galilea, Jesús fue al encuentro de aquellos pescadores, rompiendo la «parálisis de la normalidad» (Homilía en la 22ª Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 febrero 2018). E inmediatamente les hizo una promesa: «Os haré pescadores de hombres» (Mc 1,17).

La llamada del Señor, por tanto, no es una intromisión de Dios en nuestra libertad; no es una "jaula" o un peso que se nos carga encima. Por el contrario, es la iniciativa amorosa con la que Dios viene a nuestro encuentro y nos invita a entrar en un gran proyecto, del que quiere que participemos, mostrándonos en el horizonte un mar más amplio y una pesca sobreabundante.

El deseo de Dios es que nuestra vida no acabe siendo prisionera de lo obvio, que no se vea arrastrada por la inercia de los hábitos diarios y no quede inerte frente a esas elecciones que podrían darle sentido. El Señor no quiere que nos resignemos a vivir la jornada pensando que, a fin de cuentas, no hay nada por lo que valga la pena comprometerse con pasión y extinguiendo la inquietud interna de buscar nuevas rutas para nuestra navegación. Si alguna vez nos hace experimentar una "pesca milagrosa", es porque quiere que descubramos que cada uno de nosotros está llamado –de diferentes maneras– a algo grande, y que la vida no debe quedar atrapada en las redes de lo absurdo y de lo que anestesia el corazón. En definitiva, la vocación es una invitación a no quedarnos en la orilla con las redes en la mano, sino a seguir a Jesús por el camino que ha pensado para nosotros, para nuestra felicidad y para el bien de los que nos rodean.

Por supuesto, abrazar esta promesa requiere el valor de arriesgarse a decidir. Los primeros discípulos, sintiéndose llamados por él a participar en un sueño más grande, «inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron» (Mc 1,18).

Esto significa que para seguir la llamada del Señor debemos implicarnos con todo nuestro ser y correr el riesgo de enfrentarnos a un desafío desconocido; debemos dejar todo lo que nos puede mantener amarrados a nuestra pequeña barca, impidiéndonos tomar una decisión definitiva; se nos pide esa audacia que nos impulse con fuerza a descubrir el proyecto que Dios tiene para nuestra vida. En definitiva, cuando estamos ante el vasto mar de la vocación, no podemos quedarnos a reparar nuestras redes, en la barca que nos da seguridad, sino que debemos fiarnos de la promesa del Señor.

Me refiero sobre todo a la llamada a la vida cristiana, que todos recibimos con el bautismo y que nos recuerda que nuestra vida no es fruto del azar, sino el don de ser hijos amados por el Señor, reunidos en la gran familia de la Iglesia. Precisamente en la comunidad eclesial, la existencia cristiana nace y se desarrolla, sobre todo gracias a la liturgia, que nos introduce en la escucha de la Palabra de Dios y en la gracia de los sacramentos; aquí es donde desde la infancia somos iniciados en el arte de la oración y del compartir fraterno. La Iglesia es nuestra madre, precisamente porque nos engendra a una nueva vida y nos lleva a Cristo; por lo tanto, también debemos amarla cuando descubramos en su rostro las arrugas de la fragilidad y del pecado, y debemos contribuir a que sea siempre más hermosa y luminosa, para que pueda ser en el mundo testigo del amor de Dios.

La vida cristiana se expresa también en esas elecciones que, al mismo tiempo que dan una dirección precisa a nuestra navegación, contribuyen al crecimiento del Reino de Dios en la sociedad. Me refiero a la decisión de casarse en Cristo y formar una familia, así como a otras vocaciones vinculadas al mundo del trabajo y de las profesiones, al compromiso en el campo de la caridad y de la solidaridad, a las responsabilidades sociales y políticas, etc. Son vocaciones que nos hacen portadores de una promesa de bien, de amor y de justicia no solo para nosotros, sino también para los ambientes sociales y culturales en los que vivimos, y que necesitan cristianos valientes y testigos auténticos del Reino de Dios.

En el encuentro con el Señor, alguno puede sentir la fascinación de la llamada a la vida consagrada o al sacerdocio ordenado. Es un descubrimiento que entusiasma y al mismo tiempo asusta, cuando uno se siente llamado a convertirse en "pescador de hombres" en la barca de la Iglesia a través de la donación total de sí mismo y empeñándose en un servicio fiel al Evangelio y a los hermanos. Esta elección implica el riesgo de dejar todo para seguir al Señor y consagrarse completamente a él, para convertirse en colaboradores de su obra. Muchas resistencias interiores pueden obstaculizar una decisión semejante, así como en ciertos ambientes muy secularizados, en los que parece que ya no hay espacio para Dios y para el Evangelio, se puede caer en el desaliento y en el «cansancio de la esperanza» (Homilía en la Misa con sacerdotes, personas

consagradas y movimientos laicos, Panamá, 26 enero 2019).

Y, sin embargo, no hay mayor gozo que arriesgar la vida por el Señor. En particular a vosotros, jóvenes, me gustaría decirlos: No seáis sordos a la llamada del Señor. Si él os llama por este camino no recojáis los remos en la barca y confiad en él. No os dejéis contagiar por el miedo, que nos paraliza ante las altas cumbres que el Señor nos propone. Recordad siempre que, a los que dejan las redes y la barca para seguir al Señor, él les promete la alegría de una vida nueva, que llena el corazón y anima el camino.

Queridos amigos, no siempre es fácil discernir la propia vocación y orientar la vida de la manera correcta. Por este motivo, es necesario un compromiso renovado por parte de toda la Iglesia –sacerdotes, religiosos, animadores pastorales, educadores– para que se les ofrezcan, especialmente a los jóvenes, posibilidades de escucha y de discernimiento. Se necesita una pastoral juvenil y vocacional que ayude al descubrimiento del plan de Dios, especialmente a través de la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la adoración eucarística y el acompañamiento espiritual.

Como se ha hablado varias veces durante la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá, debemos mirar a María. Incluso en la historia de esta joven, la vocación fue al mismo tiempo una promesa y un riesgo. Su misión no fue fácil, sin embargo no permitió que el miedo se apoderara de ella. Su sí «fue el "sí" de quien quiere comprometerse y el que quiere arriesgar, de quien quiere apostar todo, sin más seguridad que la certeza de saber que era portadora de una promesa. Y yo les pregunto a cada uno de ustedes. ¿Se sienten portadores de una promesa? ¿Qué promesa tengo en el corazón para llevar adelante? María tendría, sin dudas, una misión difícil, pero las dificultades no eran una razón para decir "no". Seguro que tendría complicaciones, pero no serían las mismas complicaciones que se producen cuando la cobardía nos paraliza por no tener todo claro o asegurado de antemano» (Vigilia con los jóvenes, Panamá, 26 enero 2019).

En esta Jornada, nos unimos en oración pidiéndole al Señor que nos descubra su proyecto de amor para nuestra vida y que nos dé el valor para arriesgarnos en el camino que él ha pensado para nosotros desde la eternidad.

Vaticano, 31 de enero de 2019, Memoria de san Juan Bosco.

Francisco

Mensaje Urbi et Orbi

MENSAJE URBI ET ORBI DEL SANTO PADRE FRANCISCO

PASCUA 2019
Balcón central de la Basílica Vaticana
Domingo, 21 de abril de 2019

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz Pascua!

Hoy la Iglesia renueva el anuncio de los primeros discípulos: «Jesús ha resucitado». Y de boca en boca, de corazón a corazón resuena la llamada a la alabanza: «¡Aleluya!... ¡Aleluya!». En esta mañana de Pascua, juventud perenne de la Iglesia y de toda la humanidad, quisiera dirigirme a cada uno de vosotros con las palabras iniciales de la reciente Exhortación apostólica dedicada especialmente a los jóvenes:

«Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo! Él está en ti, Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los rencores, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza» (Christus vivit, 1-2).

Queridos hermanos y hermanas, este mensaje se dirige al mismo tiempo a cada persona y al mundo. La resurrección de Cristo es el comienzo de una nueva vida para todos los hombres y mujeres, porque la verdadera renovación comienza siempre desde el corazón, desde la conciencia. Pero la Pascua es también el comienzo de un mundo nuevo, liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte: el mundo al fin se abrió al Reino de Dios, Reino de amor, de paz y de fraternidad.

Cristo vive y se queda con nosotros. Muestra la luz de su rostro de Resucitado y no abandona a los que se encuentran en el momento de la prueba, en el dolor y en el luto. Que Él, el Viviente, sea esperanza para el amado pueblo sirio, víctima de un conflicto que continúa y amenaza con hacernos caer en la resignación e incluso en la indiferencia. En cambio, es hora de renovar el compromiso a favor de una solución política que responda a las justas aspiraciones de libertad, de paz y de justicia, aborde la crisis humanitaria y favorezca el regreso seguro

de las personas desplazadas, así como de los que se han refugiado en países vecinos, especialmente en el Líbano y en Jordania.

La Pascua nos lleva a dirigir la mirada a Oriente Medio, desgarrado por continuas divisiones y tensiones. Que los cristianos de la región no dejen de dar testimonio con paciente perseverancia del Señor resucitado y de la victoria de la vida sobre la muerte. Una mención especial reservo para la gente de Yemen, sobre todo para los niños, exhaustos por el hambre y la guerra. Que la luz de la Pascua ilumine a todos los gobernantes y a los pueblos de Oriente Medio, empezando por los israelíes y palestinos, y los aliente a aliviar tanto sufrimiento y a buscar un futuro de paz y estabilidad.

Que las armas dejen de ensangrentar a Libia, donde en las últimas semanas personas indefensas vuelven a morir y muchas familias se ven obligadas a abandonar sus hogares. Insto a las partes implicadas a que elijan el diálogo en lugar de la opresión, evitando que se abran de nuevo las heridas provocadas por una década de conflicto e inestabilidad política.

Que Cristo vivo dé su paz a todo el amado continente africano, lleno todavía de tensiones sociales, conflictos y, a veces, extremismos violentos que dejan inseguridad, destrucción y muerte, especialmente en Burkina Faso, Mali, Níger, Nigeria y Camerún. Pienso también en Sudán, que está atravesando un momento de incertidumbre política y en donde espero que todas las reclamaciones sean escuchadas y todos se esfuercen en hacer que el país consiga la libertad, el desarrollo y el bienestar al que aspira desde hace mucho tiempo.

Que el Señor resucitado sostenga los esfuerzos realizados por las autoridades civiles y religiosas de Sudán del Sur, apoyados por los frutos del retiro espiritual realizado hace unos días aquí, en el Vaticano. Que se abra una nueva página en la historia del país, en la que todos los actores políticos, sociales y religiosos se comprometan activamente por el bien común y la reconciliación de la nación.

Que los habitantes de las regiones orientales de Ucrania, que siguen sufriendo el conflicto todavía en curso, encuentren consuelo en esta Pascua. Que el Señor aliente las iniciativas humanitarias y las que buscan conseguir una paz duradera.

Que la alegría de la Resurrección llene los corazones de todos los que en el continente americano sufren las consecuencias de situaciones políticas y económicas difíciles. Pienso en particular en el pueblo venezolano: en tantas personas carentes de las condiciones mínimas para llevar una vida digna y segura, debido a una crisis que continúa y se agrava. Que el Señor conceda a quienes tienen responsabilidades políticas trabajar para poner fin a las injusticias

sociales, a los abusos y a la violencia, y para tomar medidas concretas que permitan sanar las divisiones y dar a la población la ayuda que necesita.

Que el Señor resucitado ilumine los esfuerzos que se están realizando en Nicaragua para encontrar lo antes posible una solución pacífica y negociada en beneficio de todos los nicaragüenses.

Que, ante los numerosos sufrimientos de nuestro tiempo, el Señor de la vida no nos encuentre fríos e indiferentes. Que haga de nosotros constructores de puentes, no de muros. Que Él, que nos da su paz, haga cesar el fragor de las armas, tanto en las zonas de guerra como en nuestras ciudades, e impulse a los líderes de las naciones a que trabajen para poner fin a la carrera de armamentos y a la propagación preocupante de las armas, especialmente en los países más avanzados económicamente. Que el Resucitado, que ha abierto de par en par las puertas del sepulcro, abra nuestros corazones a las necesidades de los menesterosos, los indefensos, los pobres, los desempleados, los marginados, los que llaman a nuestra puerta en busca de pan, de un refugio o del reconocimiento de su dignidad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo vive! Él es la esperanza y la juventud para cada uno de nosotros y para el mundo entero. Dejémosnos renovar por Él. ¡Feliz Pascua!

